

# La dolorosa dicha de leer a Salinger

Koleia Bungard

Hace unos quince años, para una tarea de la universidad, entrevisté a José Ignacio Murillo Arango (1964), un comunicador social egresado de la Universidad de Antioquia que acababa de recibir un premio de literatura por su novela *Mayte, no bailes* (2003). Durante la conversación, el autor me contó que, aunque en su obra hablaba de inmigrantes colombianos en Estados Unidos —empezando con *Mayte* escuchando baladas en un bar de Nueva York—, él nunca había viajado a ese país. ¿Cómo se puede hacer eso?, me pregunté, escribir sobre un lugar que uno no conoce... Entonces me contó su secreto: había conocido Nueva York de otra manera, mientras leía *El guardián entre el centeno*, la famosa novela de J. D. Salinger.

No pasó mucho tiempo antes de que me sentara en la biblioteca a leer el libro. Y lo leí a mil, con la urgencia de saber adónde iría a parar su protagonista, Holden Caulfield, un jovencito de 16 años (aunque con la mitad de la cabeza llena de canas) a quien echan de todas las escuelas, a quien le encanta fumar, a quien no le importa perder nada, a quien el futuro le preocupa, pero no mucho. Un muchacho que odia a muerte a casi todo el mundo: a sus profesores, al fundador de su escuela, a su consejero estudiantil, a sus compañeros “imbéciles y tarados” que, en frente suyo, se suenan la nariz asquerosamente, se revientan los granos de la cara o se inventan historias sobre la pérdida de su virginidad. En últimas, un completo analfabeto que lee muchísimo, que ama a Somerset Maugham, Ring Lardner e Isak Dinesen.

Como a millones de lectores en todo el mundo, esta novela, publicada en inglés bajo el título *The Catcher in the Rye* en 1951, me enganchó desde el primer párrafo, que dice así:

Si de verdad les interesa lo que voy a contarles, lo primero que querrán saber es dónde nací, cómo fue todo ese rollo de mi infancia, qué hacían mis padres antes de tenerme a mí, y demás puñetas estilo David Copperfield, pero no tengo ganas de contarles nada de eso. Primero porque es una lata, y, segundo, porque a mis padres les daría un ataque si yo me pusiera aquí a hablarles de su vida privada.

Pues claro que me interesó lo que este Holden quería contarme, tanto que no solté la novela esa semana y, cuando la terminé (con tristeza de que se hubiera acabado), corrí a buscar los *Nueve cuentos* de Salinger y puse al autor en el mismo pedestal en el que lo pusieron los músicos de la banda de rock Green Day.

Sobre el autor me contenté entonces con saber lo mínimo: nació en Nueva York en 1919. No se graduó de ninguna universidad, tuvo que enlistarse durante cuatro años en la Segunda Guerra Mundial y, en 1953, después de publicar *El guardián entre el centeno* y de alcanzar una repentina fama (fue lectura obligada en las clases de inglés en las secundarias de su país), decidió apartarse del mundo y vivir como un ermitaño en un pueblo llamado Cornish, en el estado de New Hampshire, 420 kilómetros al norte de Nueva York. Ese mismo año salió una nueva edición de la novela con un eslogan que decía: “Este libro inusual puede impactarte, hacerte reír o romperte el corazón, pero nunca vas a olvidarlo”.

Para tristeza de sus lectores, Salinger escribió solo un par de libros más (*Franny y Zooey* y *Levantad, carpinteros, la viga del tejado y Seymour: una introducción*). No concedió entrevistas ni a periodistas ni a lectores y solo les abrió

la puerta de su casa a personas tan cercanas como su hija Margaret, que después dedicaría sus memorias a retratar al monstruo que fue su padre: un hombre narcisista, egoísta, violento, arrogante...

¿Pero cómo es posible? Si Salinger fuera Holden, su personaje, le oiríamos decir: “Prefiero tirar a un tío por la ventana o cortarle la cabeza a hachazos, que pegarle un puñetazo en la mandíbula”, o:

Lo único que recuerdo es que salté de la cama como si tuviera que ir al baño o algo así y que quise alcanzar con todas mis fuerzas el cepillo de dientes para clavárselo [a su compañero de cuarto] en la garganta. Sólo que fallé. No sabía ni lo que hacía. Le alcancé en la sien. Probablemente le hice daño, pero no tanto como quería.

Ah, y hay que oír esta última afirmación: “Lo único que de verdad tenía ganas de hacer era suicidarme”.

Ahora miremos a Salinger, al autor de esas frases. Lo que cuentan en sus biografías, incluida la de su hija, es que volvió de la guerra con un trauma severo que lo obligó a internarse por varios meses en un hospital mental. En una parte de *El guardián* es evidente que parte de lo que Holden dice –cuando menciona la participación de su hermano en la guerra–, es una descripción autobiográfica de la propia experiencia del autor.

Dice el chico:

Yo creo que no podría ir a la guerra [...] Mi hermano D.B. se pasó en el servicio cuatro años enteros. Estuvo en el desembarco de Normandía y todo, pero creo que odiaba el ejército más que la guerra. Yo era un crío en aquel tiempo, pero recuerdo que cuando venía a casa de permiso, se pasaba el día entero tumbado en la cama. Apenas salía de su cuarto. Cuando le mandaron a Europa no le hirieron ni tuvo que matar a nadie. Estaba de chofer de un general que parecía un vaquero. No tenía que hacer más que pasearle

todo el día en un coche blindado. Una vez le dijo a Allie que si le obligaran a matar a alguien no sabría adónde disparar.

Los efectos de la participación en la guerra son también el tema de uno de sus cuentos más famosos, “Un día perfecto para el pez banana”. Allí, en una conversación telefónica, una madre le habla con preocupación a su hija sobre el estado mental de Seymour, su esposo que acaba de regresar de la guerra. Aquí, la suegra lo describe como “un loco furioso” y, pues parece que sí. El final deja los pelos de punta. Léanlo.

Monstruo o no, Salinger no fue ni un asesino ni un suicida. Sin embargo, hay tres casos que conectan los deseos y las conductas de sus personajes con homicidios e intentos de homicidio en la vida real. El primero tiene que ver nada menos que con Mark David Chapman, el hombre que asesinó a John Lennon, el músico de The Beatles, el 8 de diciembre de 1980. Después de dispararle cinco tiros, Chapman sacó una copia de *El guardián entre el centeno* y comenzó a leerlo en voz alta frente al cadáver. Cuando lo arrestaron, diría que gran parte de él era (se creía) Holden Caulfield. De otro lado, un hombre llamado John Hinckley Jr., que intentó asesinar al ex presidente Ronald Reagan en 1981, tenía entre sus pertenencias ¡este mismo libro!, el mismo que tenía el asesino de una actriz en Los Ángeles ocho años después.

Por fortuna, no se ha sabido de más homicidios inspirados en la voz de Holden o la narración de Salinger. Se dice que esta novela ha vendido más de 65 millones de copias y, aunque algunas de ellas han ido a parar a manos de “desequilibrados mentales”, su lectura también ha influenciado a autores reconocidos como Philip Roth, John Updike y Harold Brodkey, o de escritores locales tan distantes de Nueva York, como José Ignacio Murillo en Medellín, que usó la última frase de la novela



Mónica Naranjo Uribe, *Berlin half-stories* (serie de 65 dibujos y textos), dibujo a lápiz con coloreado e impresión digital, 20 x 20 cm, 2007-2008

de Salinger como el primer epígrafe de *Mayte, no bailes*: “No cuenten nunca nada a nadie. En el momento en que uno cuenta cualquier cosa, empieza a echar de menos a todo el mundo”.

## Fuentes

Murillo Arango, J. I. (2003). *Mayte, no bailes*, Medellín, Cámara de Comercio de Medellín.

Salinger, J. (1994). *El guardián entre el centeno*, trad. Carmen Criado, Madrid, Alianza Editorial.

**Koleia Bungard** es escritora y editora colombiana. Fundadora de *Diario de Paz Colombia*, una revista digital enfocada en periodismo constructivo y construcción de paz. [www.diariodepaz.com](http://www.diariodepaz.com). [koleia.writer@gmail.com](mailto:koleia.writer@gmail.com)